

odio el chat

ilustraciones de flor marín



porque pronto nadie sabrá
cómo estar verdaderamente solo

una diatriba de **daniel alarcón**

Oodio el chat porque promueve la idea ficticia de que lo único que importa en una conversación son las palabras. Lo detesto porque de repente sonreír a medias, parpadear las pestañas, fruncir el ceño, apretar los labios en desaprobación, enrojecer, y todas las expresiones efímeras de la cara se hacen insignificantes. Odio el chat porque en alguna ciudad norteamericana un ingeniero informático inventó los *emoticons*, esos símbolos insípidos, y cuando lo hizo probablemente pensó que era muy listo. Desprecio el chat porque no hay *emoticon* o conjunto de *emoticons* que pueda expresar las siguientes emociones humanas: alegría contenida, confianza ingenua, rabia frustrada, culpa amedrentada, esperanza ansiosa, sospecha agresiva. Aborrezco el chat porque sólo puedes utilizar los *emoticons* para representar las emociones que conoces, pero ¿qué hay de aquellos momentos —aquellos maravillosos y espantosos momentos— en donde uno simplemente no sabe cómo se siente? Odio el chat porque hay niños que crecen sin saber cómo se lee la cara humana: piensa en el futuro e imagínate a estos fanáticos del sentido estricto de las palabras que describirán sus vidas con símbolos tipográficos, que pelearán y se harán daño, flirtearán y se enamorarán con puntos y comas y *emoticons*. Odio el chat porque ha dañado el ya deteriorado arte de la conversación. Detesto el chat porque fue diseñado para servir a la eficiencia. Es la manera en que los capitalistas hablan: con abreviaciones y palabras sin sentido; con símbolos y conjuntos de letras. *JAJAJA* = *me muero de risa*. Como muchas tendencias culturales, es peor en inglés: *RUFKM?* = *Are you fucking kidding me?* Odio el chat porque es algo que haces mientras haces otra cosa. Aborrezco el chat porque hay gente que me invita a unirme a su lista de amigos a pesar de que *ni siquiera hablamos en la vida real*. Y aborrezco el chat porque una vez visité a una amiga en su oficina y descubrí que tenía cinco chats abiertos en la pantalla de su computadora, con amigos repartidos en tres continentes, cada uno probablemente

asumiendo (como una vez asumí yo) que era la única persona con la que ella chateaba. Odio el chat porque mi amiga no sintió la necesidad de disculparse, y no pudo entender por qué yo estaba horrorizado. Odio el chat porque como lo que ocurre con todos los llamados avances tecnológicos existe la expectativa de que estés al día. Yo no chateo, le digo a estas personas, y se sienten decepcionados, con una mezcla de incredulidad y compasión. Odio el chat porque cada vez que miro mi correo en una cabina pública, inevitablemente, alguien ha olvidado salir del *Messenger*. No pasa mucho tiempo hasta que una ventana se abre, y alguien a quien nunca he conocido me confunde con un amigo o un familiar o un amante. Odio el chat, precisamente por esta tentación de ser otra persona. Detesto el chat porque el engaño, el pasatiempo más humano, apenas necesitaba ayuda de la tecnología. Aborrezco el chat porque hay gente que está conectada a la red todo el tiempo, y son depredadores listos para saltar: cualquier conversación anodina es bienvenida para sacarles de su aburrida rutina laboral. *¡Pero si sólo quería mirar mi correo!* No importa, de repente te ves atrapado y la única salida posible es desconectarte o hacerte invisible. Odio el chat porque revisar tu correo no es muy diferente a entrar a un bar a tomar un trago y ser arrollado por un viejo borracho que jura con gruñidos incomprensibles que necesitas escuchar su triste anécdota. Odio el chat porque está creando una raza de gente impaciente y ansiosa: si no están enviando *mails*, están colgados al teléfono; si no están enviando mensajes de texto, están chateando. Detesto el chat porque no me impresionan ni las artimañas de los satélites ni las maravillas de las ondas atómicas ni la elegancia del microchip, si éstos se emplean con el sólo objetivo de colonizar mi tiempo libre. Aborrezco el chat porque pronto nadie sabrá cómo estar verdaderamente solo.

-Traducción de Sofía Sebastián